

La revolución de los simples

De entre todas las soluciones posibles para un problema, normalmente la mejor viene a ser la más sencilla, dice poco más o menos un sutil principio cuyo nombre, si alguna vez lo supe, ya he olvidado. El mismo principio, que impone como regla la sencillez, deja abierta una puerta a la complejidad, y en cualquier caso se formula desde posiciones en todo momento alejadas del dogmatismo. Pues bien, muchas personas aplican a rajatabla y con total impunidad una deformación abyecta del mismo principio, cuyo resumen puede expresarse así: la única solución posible es siempre la más simple. Conviene advertir ahora sobre la diferencia entre sencilla y simple y conviene advertir también que esa única solución tan simple coincide con la que proponen los salvadores de la patria.

En las cuestiones sociales y políticas las soluciones de los simples son simples y se formulan desde el mismo momento en que se plantea el problema, sin más ni más. Todos hemos oído cantidad de soluciones aparentemente sencillas para el problema del País Vasco y probablemente hasta las hemos dado sin tener en cuenta que hay mucha gente más lista que nosotros con el mismo interés que nosotros en solucionarlo y que, sin embargo, no pueden. Quien dice el problema del País Vasco dice el de la droga o el del paro o el de la delincuencia. Creer que se puede solucionar cualquiera de esos problemas con un decreto o en poco tiempo me parece de una simpleza absoluta, perdonable, no obstante, cuando la propuesta surge en el ardor de una charla de amigos junto a la barra de un bar.

Lo malo es cuando la propuesta simple y directa cuaja en programa. Que existe un problema con la inmigración, pues se echa a los inmigrantes; que existe un problema con la delincuencia, pues se elimina físicamente a los delincuentes restableciendo la aplicación de la guillotina; que la gente no quiere pagar impuestos, pues se eliminan los impuestos; que la gente quiere más ayudas sociales, pues se aumenta el presupuesto para gastos sociales; que la gente quiere restablecer los valores de la patria, pues se sale uno de esa cosa informe que es la

Unión Europea y se aumentan los gastos de defensa. Así de simple. Se le ha ocurrido a Le Pen. Con lo fácil que es, ¿cómo lo habrá pensado sólo él?

En España sería: que hay paro, se da trabajo; que hay violencia en el País Vasco, se lleva uno a la Legión y se mete a todos los de Batasuna en la cárcel; que hay tráfico de drogas, se restablece el garrote vil; que nadie quiere pagar el IVA y el IRPF no lo pagan más que los pardillos, pues se quitan el IVA y el IRPF; que la gente quiere fútbol y toros, pues fútbol y toros retransmitidos en abierto, y así suma y sigue.

Yo con esto de Le Pen me he acordado de Franco, que también era un simple dando soluciones a problemas complejos: que los partidos se tiran los trastos a la cabeza, se suprimen los partidos; que entre los empresarios y los trabajadores hay un conflicto permanente, se eliminan los sindicatos y todos a pasar por el aro del sindicato vertical; que hay un conflicto entre el Estado y algunas regiones, pues se eliminan los estatutos de autonomía y se limita el uso de cualquier otra lengua que no sea el español.

Siempre hay quien, de izquierdas o de derechas, está dispuesto a oír cantos de sirena tras la palabra revolución. ¿Es ésta la revolución de los simples, es la conjura de los necios?

Juan Bosco Castilla